

Al alboroto producido por un millón de hombres que emitían uno por uno su opinión sucedió un profundo silencio. Los azules acabaron sin duda por ponerse de acuerdo, cosa bien singular tratándose de tanta gente, pues en nuestros civilizados países á pesar de no contar las asambleas con más de unos cuantos centenares de miembros, casi nunca llegan á ponerse de acuerdo acerca de la menor nimiedad.

El ejército desfiló en dos columnas, concluyendo por formar un inmenso círculo, en cuyo centro se hallaba Sidonio, todo avergonzado y bajando los ojos al verse mirado por tanta gente. En cuanto á Mederico, considerando que su presencia sería motivo de asombro, inútil y hasta peligroso en aquel momento decisivo, se retiró prudentemente al fondo de la oreja que le servía de morada desde por la mañana.

La diputación se detuvo á veinte pasos de Sidonio, y estaba compuesta, no de guerreros, sino de ancianos calvos y severos, cuyas barbas venerables caían en argentados hilos sobre las blancas túnicas. Las huesudas manos de aquellos viejos estaban secas y arrugadas como los pergaminos que ojeaban sin cesar; sus ojos, habituados únicamente á la claridad de las lámparas, sostenían los rayos del sol parpadeando á semejanza de un buho deslumbrado por encontrarse sorprendido por la luz del medio día; sus espínazos se encorvaban como si estuvieran ante

un pupitre eterno, mientras que sus vestidos, llenos de manchas de aceite y de chafarrinones de tinta, presentaban los dibujos más estrambóticos signos misteriosos que significaban bien poco, dado su alto renombre de ciencia y sabiduría.

El más viejo, el más seco, el más ciego y el más mugriento de la docta comisión, avanzó tres pasos, hizo una profunda reverencia, irguióse cuanto pudo y extendió los brazos para acompañar sus palabras de las actitudes más convenientes.

— Señor Gigante—dijo con voz solemne—yo el príncipe de los oradores, miembro y decano de todas las academias, gran dignatario de todas las órdenes, te hablo en nombre de la nación. Nuestro rey, un pobre monarca, ha muerto hace dos horas á consecuencia de una *disenteria* (!), cuya única causa ha sido la vista de los verdes al otro extremo de la llanura. Nos hallamos, como ves, sin un regio amo que nos cargue de impuestos y nos haga matar en nombre del bien público, estado de libertad que suele ser muy desagradable para los pueblos. Necesitamos un rey enérgico, y en nuestro afán de prosternarnos ante unas plantas reales, hemos pensado en tí, que te bates tan valerosamente. Creemos, al ofrecerte la corona, contar con tu adhesión á nuestra causa. Ya sé que una circunstancia tan solemne exige un discurso en cualquier lengua sabia: sanskrito, hebreo, griego, ó al menos latín; mas como me en-

cuentro en la necesidad de improvisar, y tengo la certeza de poder reparar más tarde esta falta á las conveniencias diplomáticas que hoy cometo, espero me dispensarás.

El viejo hizo una pausa.

—Bien sabía yo—pensó Mederico—que mi buen hermano tenía puños de rey.

V.

EL DISCURSO DE MEDERICO

—Señor Gigante—continuó el príncipe de los oradores—me resta manifestarte lo que la nación ha resuelto, y las pruebas de actitud para la soberanía que exige de tí antes de elevarte al trono. Está cansada de tener por amos á gentes que no satisfacen sus aspiraciones, que no pueden dar el menor puñetazo, ni pronunciar un día sí y otro no, un discurso largo y de gran aliento, capaz de hacerles morir tísicos á los cuatro ó cinco años. Quiere, en una palabra, un rey que la divierta, estando persuadida de que entre todos los primores de un gusto delicado, no podrá pasarse sobre todo sin estas dos cualidades: facilidad en dar descomunales bofetones y actitud para pronunciar largos y sonoros periodos de un discurso en una ceremonia regia. Confieso estar orgulloso de pertenecer á una nación que com-

prende de tan alto modo las cortas alegrías de esta existencia, pareciéndome doblemente acreedor á mis elogios su deseo de poseer un rey divertido. A esto se reduce lo que nosotros queremos. Los príncipes son una especie de sonajeros de que los pueblos se sirven para jugar y divertirse al verlos brillar al sol; pero casi siempre esos sonajeros reales cortan y muerden cual si fuesen cuchillos de acero, de cuyas hojas brillantes se sirven las madres para aterrar en vano á sus pequeñuelos. Ahora bien; nosotros deseamos que nuestro sonajero sea inofensivo, que nos regocije y divierta según nuestras aficiones, sin que corramos el riesgo de que nos hiera y nos aplaste entre sus dedos. Queremos sendos puñetazos, para otros, se entiende, pues este juego divierte honradamente á nuestros guerreros, haciéndoles desternillarse de risa; deseamos largos discursos para que las buenas gentes del reino se entretengan en aplaudirlos y comentarlos; frases bellas que diviertan á los habladores de la época. Has ejecutado ya, señor Gigante, una parte del programa, la más difícil, con entera satisfacción de todos, pues á decirte verdad, no hemos visto jamás puños que nos hagan reír de tan buena gana. Pero es preciso aún que sufras la segunda prueba, pudiendo elegir el tema que gustes, pero hablándonos en tu discurso de la afeción que nos profesas, de tus deberes para con nosotros y de los grandes hechos que han

señalar tu reinado. Instrúyenos, danos un rato de solaz. Te escuchamos.

En cuanto el príncipe de los oradores terminó esta peroración, hizo una nueva reverencia. Sidonio, que había escuchado con aire inquieto el exordio y seguía con ansiedad los diversos períodos, se sorprendió con espanto del fin del discurso. Pronunciar una larga oración en público le parecía una idea absurda, fuera por completo de sus habituales tareas. Miraba sombríamente al docto viejo, temiendo alguna burla mal intencionada y preguntándose si un buen trastazo sobre el cráneo amarillento del viejo no le sacaría de su apuro; pero como el valiente niño no tenía malicia, reflexionó que era muy duro tratar de una manera tan brusca al anciano caballero que acaba de hablarle con tanta política. Comprendiendo lo delicado de su situación, se había jurado no despegar los labios, balanceando unas veces sobre un pie, otras sobre el otro, girando sus pulgares y riendo con una risa de las más estúpidas. Al verse cada vez más idiota, creyó haber encontrado una idea ingeniosa y saludó gravemente al anciano.

A pesar de eso, al cabo de cinco minutos el ejército comenzó á impacientarse, cosa muy natural, pues como te he dicho, estaban en el Egipto y en pleno sol de medio día. Los azules demostraron bien pronto por un murmullo creciente que el señor Gigante defraudaba sus es-

peranzas, y pensaron en alejarse en busca de una majestad más charlatana.

Sidonio, asombrado de que una reverencia no hubiese contentado á aquellas buenas gentes, hizo tres ó cuatro seguidas, volviéndose hacia todos lados, á fin de que nadie dejase de disfrutar de ellas.

Entonces estalló una tempestad de risas y juramentos, una de esas hermosas tempestades populares en que cada hombre lanza una puya, silbando unos como mirlos ó aplaudiendo otros irrisoriamente. El alboroto aumentaba por momentos; se acallaba luego un instante, para volver á crecer como las olas del Océano, constituyendo aquel proceder del pueblo un excelente aprendizaje de la soberanía.

De pronto, en medio de un corto momento de silencio, se dejó oír una voz dulce y melosa hacia la cabeza de Sidonio, una dulce y tierna voz de niña, de timbre argentino é inflexiones acariciadoras.

—«Mis queridos súbditos»—dijo la vocecilla. Formidables aplausos interrumpieron estas primeras palabras. ¡El gracioso Soberano cuyas manos arrancaban montañas tenía una voz capaz de dar celos á una brisa de Mayo!

El príncipe de los oradores, estupefacto por este curioso fenómeno, se volvió hacia sus sabios colegas y les dijo:

—Señores, hé aquí un gigante que tiene den-

tro de su especie un órgano singular. A no haberlo oído, nunca hubiese podido creer que un gajnate capaz de tragarse un buey con cuernos y todo pudiese emitir sonidos de una delicadeza tan notable. Existe seguramente una curiosidad anatómica que necesitamos estudiar y explicar á todo coste; trataremos de este grave asunto en nuestra primera reunión, y obtendremos una verdad científica más digna de explicarse en los cursos de nuestras Universidades.

—Oye, querido—murmuró dulcemente Mederico en el oído de Sidonio;—abre bastante tus mandíbulas moviéndolas con regularidad como si partieses nueces. Muévelas con vigor para que los que no puedan oírte vean al menos que hablas. No olvides los gestos que debes hacer; cruza los brazos con gracia en los períodos cadenciosos; frunce el entrecejo y lanza las manos hacia adelante en los rasgos de elocuencia; intenta hasta llorar en los párrafos patéticos; pero, sobre todo, nada de barbaridades, y cuida mucho los movimientos. No vayas á pararte en mitad de una frase, ni gesticules cuando estés callado. Pon tú los puntos y comas, hermano mío, pues no creas que los hombres de Estado suelen tener otro oficio. ¡Atención! Voy á empezar.

Sidonio abrió la boca desmesuradamente, y se puso á gesticular. Mederico se expresó en estos términos:

«Mis queridos súbditos:

•Como es costumbre, dejadme deciros que estoy asombrado del honor que me dispensáis, del cual me considero indigno; pero después de eso os diré en confianza que no creo en estas palabras de pura fórmula, pues pienso merecer como todo el mundo la honra de ser rey algún día, puesto que he podido nacer hijo de príncipe como otro cualquiera, lo cual me hubiera evitado el trabajo de fundar una dinastía.

•Para asegurar mi tranquilidad, debo haceros notar las circunstancias que nos rodean. Me creéis una buena máquina de hierro, y solo por esa creencia me ofrecéis la corona; yo me dejo querer, y hé aquí lo que se llama el sufragio universal. La invención me parece excelente, y tengo la seguridad de que los pueblos se encontrarán más satisfechos cuando la haya perfeccionado. Aprovechad, pues, la ocasión de tomar por vosotros mismos todas las cosas seductoras que voy á prometeros.

•Estaba deseando llegar á desarrollar el programa que había trazado desde hace mucho tiempo para el caso en que llegara á ser rey. Es de una simplicidad encantadora, y le recomiendo á mis colegas los soberanos que encuentren dificultades para gobernar sus pueblos. Héle aquí en su inocencia y en su sencillez: la guerra en el exterior, la paz en el interior.

•La guerra fuera del país constituye una gran política. Desembaraza al país de las gentes re-

voltosas, permitiéndoles irse á destrozar más allá de las fronteras.

«Hablo de aquellas que hasta nacen con los puños cerrados y que por temperamento sentirían de tiempo en tiempo la necesidad de hacer una pequeña revolución si no tuviesen algún pueblo vecino á quien apalear. En cada nación hay siempre algunos trastazos que dar, y la prudencia aconseja que esos golpes se repartan á cuatrocientas ó quinientas leguas de las capitales del reino. Dejádme redondear mi pensamiento. La creación de un ejército es sencillamente una medida previsorá que se toma para separar los hombres pendencieros de los hombres razonables; una campaña tiene por objeto hacer desaparecer el mayor número posible de esos hombres pendencieros y permitir al soberano vivir en paz no teniendo por súbditos más que hombres razonables. Se habla, no lo ignoro, de la gloria, de las conquistas y de otras patrañas, pero esas son palabras huecas de las cuales sólo se pagan los imbéciles.

«Si los reyes se lanzan á la cabeza de sus tropas al primer pretexto, es porque les conviene el derramamiento de sangre. Quiero imitarles empujando la sangre de mi pueblo, que podría, si no, llegar á pletórico. Conforme va pasando el tiempo, los pretextos de guerra van siendo difíciles, y no tardará á ese paso el día en que estemos reducidos á vivir como hermanos por falta

de una razón lógica para rompernos el alma. Aun esprimiendo mi imaginación, sólo he hallado los pretextos siguientes: 1.º, batirse para reparar una ofensa; pero en esto no hay que pensar por no tener nada que reparar ni nadie que nos provoque, gracias á que nuestros vecinos son gentes de educación y de buen tono; 2.º, apoderarnos de los terrenos limitrofes bajo pretexto de redondear nuestro territorio, idea muy antigua que jamás ha dado resultados en la práctica, habiendo tenido muchas veces que arrepentirse de ella los conquistadores; 3.º, considerarnos ofendidos por una cuestión fundada en unas cuantas balas de algodón ó algunos kilogramos de azúcar, nos haría pasar por unos vulgares comerciantes ó por ladrones que no quieren ser robados, cuando debemos aparecer ante todo como una nación bien educada que profesa horror á los engaños del comercio pagándose solo de altos ideales y de buenas palabras. Ninguno de los medios en boga, en materia de guerras, nos convienen, por cuya razón he tenido una inspiración sublime: la de batirnos siempre por las damas, nunca por nosotros, con lo cual nos evitaremos dar explicaciones sobre la causa de nuestros puñetazos. Observad cuán cómodo nos será este método, y qué honor obtendremos de semejantes expediciones. Tomaremos el dictado de bienhechores de los pueblos; gritaremos muy alto nuestro desinterés, nos llamaremos modestamente sostenedores de

las buenas causas y adictos servidores de las grandes ideas. Pero no es esto sólo: como aquellos que no nos sirvan podrán asombrarse de tan singular política, diremos audazmente que nuestro afán por prestar nuestros ejércitos á quienes los soliciten tienen por única causa el deseo de pacificar el mundo de la mejor manera, á bayonetazos. Nuestros soldados, responderemos, se pasean en son de civilizadores, cortando la cabeza á aquellos que no se civilizan con rapidez, sembrando las más fecundas ideas en las fosas abiertas en los campos de batalla. Bautizaremos la tierra con un bautismo de sangre que apresure la próxima era de la libertad; pero no añadiremos que de ese modo se creará una necesidad eterna, y con ella aguardarán en vano una cosecha que no ha de nacer de la tumba.

»Ahí tenéis, súbditos queridos, lo que he imaginado; la idea tiene cuanto necesita de absurda y de amplia para tener éxito. Por consiguiente, aquellos de entre vosotros que sientan la necesidad de proclamar una ó dos repúblicas, no deben intentarlo en mis dominios; les dejo caritativamente para su proyecto los reinos de otros monarcas. Que ellos dispongan libremente de sus provincias, cambien la forma de gobierno, consulten como quieran á sus pueblos. Los que así opinan, déjense matar en casa de mis vecinos en nombre de la libertad; mas déjenme también gobernar en la mía tan despóticamente como me parezca.

»Mi reinado será un reinado generoso.

»Obtener la paz en el interior, es un problema más difícil de resolver. Aun desembarazándose de los muchachos turbulentos, queda siempre en las masas un espíritu de insubordinación hacia el jefe elegido por ellas. Muchas veces he reflexionado acerca de ese odio sordo que las naciones profesan á sus príncipes, y por más que he hecho no he logrado encontrar una causa lógica y razonable, motivo por el cual opino que dicho tema debe ponerse como de concurso en nuestras academias, á fin de que nuestros sabios se apresuren á indicarnos de dónde viene el mal y cuál es su remedio. Pero mientras llega éste, emplearemos para curar á nuestro pueblo de esa inquietud enfermiza los débiles medios cuya receta nos han legado nuestros predecesores. No son, en verdad infalibles, pues aún no se han descubierto cuerdas suficientemente largas y resistentes para ahorcar á todo un pueblo. ¡Marcha tan lentamente el progreso! Elegiremos cuidadosamente los ministros, sin exigirles grandes cualidades morales é intelectuales, pues nos basta con que sean medianías en todos los ramos. Lo que es imprescindible exigirles es una potente voz, ejercitada mucho tiempo en gritar: ¡viva el rey! en el tono más alto y más noble posible. Un hermoso ¡viva el rey! sonoro, modulado con arte, perdidoluego en un murmullo de amor y de admiración constituye un mérito excepcional que nunca estará bien

recompensado. Sin embargo, esperamos poco de los ministros, pues por lo general estorban más que aprovechan, y si nuestra opinión prevaleciese, nos pasaríamos sin ellos. Fundamos grandes esperanzas en ciertas leyes que nos proponemos poner en vigor, merced á las cuales será legal coger a un hombre por el pescuezo y lanzarle al río sin mas explicaciones, según el excelente método de los eunucos. Ya veréis cuán comoda será una justicia tan expeditiva, que asombrará á aquellos infelices que suponen cándidamente ser preciso un crimen para considerar á un hombre culpable. Tendremos también periodiquillos pagados con largueza, que canten nuestras glorias, oculten nuestras faltas y nos atribuyan más virtudes que á todos los santos del paraíso. Dispondremos asimismo de otros periódicos—á los cuales pagaremos más caro—que ataquen nuestros actos y discutan nuestra política, pero de un modo tan torpe y malhadado, que atraigan hacia nosotros á las personas notables y de buen sentido. En cuanto á los periódicos que no paguemos, no podrán censurar ni alabar, pues pronto los suprimiremos. Protegeremos las artes, pues no hay gran reinado sin grandes artistas, y para que éstos produzcan lo más posible, aboliremos la libertad del pensamiento. Será oportuno conceder una pensión á los escritores retirados, pues opino que cuantos han sabido de este modo hacer su fortuna, están autorizados para abrir tienda de

prosa ó de verso. En cuanto á los jóvenes que no tengan más que talento, les reservaremos unas cuantas camas en los hospitales; pero si llegan á los cincuenta ó á los sesenta años sin haber desfallecido disfrutará de los beneficios generales que concedemos á las gentes de letras. Los verdaderos sostenedores de nuestro trono, las glorias de nuestro reinado, serán los picapedreros y los albañiles. Despoblaremos los campos y llamaremos á nuestro lado á todos los hombres laboriosos y les haremos tomar la llana. Será un soberbio, un sublime espectáculo. ¡Calles largas, rectas, que atraviesen una ciudad de un extremo á otro; magníficos muros blancos y amarillentos, elevándose como por encanto, espléndidos edificios adornando hermosas plazas cuajadas de árboles y de faroles! ¡Construir es todavía poco; demoler es lo encantador! ¡Derribaremos más que edificaremos! La ciudad será desmontada, nivelada, alineada y hermoçada. Transformaremos una ciudad de yeso viejo en otra de yeso nuevo. Milagros tales ya sé que costarán mucho dinero; pero como yo no lo he de pagar, me importan poco las pérdidas. Ambicionando dejar rastros gloriosos de mi reinado, juzgo que nada ha de ser más á propósito para asombrar á las generaciones futuras, que el sorprendente consumo de cal y de ladrillos. Además, las gentes creen inocentemente que un rey construye sólo por complacer á su pueblo, arruinándose por el placer de

proporcionar á sus súbditos el espectáculo de un bosque de andamios. Haremos pagar caros estos embellecimientos á los contribuyentes, distribuyendo su dinero entre los obreros á fin de que permanezcan tranquilos sobre sus andamios. A a par lograremos comida para el pueblo y admiración para la posteridad. ¿No os parece ingeniosísimo? Si algún descontento quisiese gritar, se le tacharía seguramente de mal intencionado ó de envidioso.

»Mi reinado será un reinado de albañiles.

»Ya véis, mis queridos súbditos, cómo me dispongo á ser un rey divertido. Os colmaré de guerras en las cinco partes del mundo, donde repartiréis golpes y honor, mientras dentro del país tendréis enormes montones de escombros y un eterno polvo de yeso, sin escasearos los discursos, que pronunciaré de prisa para que los demasiado listos no me entiendan. Por hoy he hablado bastante; me muero de sed.

»Para concluir, os prometo ocuparme muy pronto de la grave dificultad del presupuesto, materia que necesita prepararse con mucha anticipación para ser embrollada á tiempo según convenga.

»Acaso deseéis oirme hablar de religión, mas como no quiero engañaros, os declaro que no pienso ocuparme jamás de este asunto. Evitadme preguntas indiscretas y no intentéis jamás saber mi opinión sobre esta materia que me es espe-

cialmente desagradable. Acerca de este punto sólo os diré, súbditos queridos, que Dios os tenga en perpetua alegría.»

Tal fué el discurso de Mederico, debiéndote advertir que sólo te he dado de él un resumen sucinto, pues duró seis horas y los límites de este cuento no permiten que le transcriba íntegro. Al ver su duración, ya comprenderás si alargaría las frases, haría cadencias y diluiría sus pensamientos en un cúmulo de palabras cuyo sentido pudiera escapar al pueblo que le escuchaba. De todos modos mi resumen está conforme con el verdadero espíritu del discurso. Si el ejército entendió lo que él deseaba que entendiese, fué gracias á las precauciones oratorias y á la duración de los períodos. Siempre ocurrió lo mismo en circunstancias análogas.

Mientras su hermano hablaba, Sidonio gesticulaba y movía los brazos de tal manera, que el pueblo aplaudió sus gestos, llenos unas veces de familiaridad sin vulgaridad, otras de una noble ampulosidad ó de un lirismo seductor. Hizo tales contorsiones, tales movimientos, algunos no del mejor gusto, con mimica arriesgadísima, pero llena de inspiración, que electrizó al público, llamando la atención sobre todo su manera de abrir la boca. La abría y bajaba moviendo la barbilla, dando á sus labios todo género de figuras geométricas: línea recta, circunferencia, triángulo, cuadrado, y mostrando al final de cada período la

lengua, atrevimiento poético que tuvo un éxito prodigioso.

Cuando Mederico se calló, comprendió Sidonio que necesitaba terminar con un golpe de efecto, y considerando oportuno el momento, gritó con voz terrible;

—¡Viva Sidonio I, rey de los azules!

El señor Gigante sabía hablar á tiempo. A los ecos de esta voz, cada batallón creyó oírlo al de al lado, y como nada hay tan contagioso como una tontería, el ejército entero repitió á coro:

—¡Viva Sidonio I, rey de los azules!

Duró diez minutos la horrible gritería, mientras Sidonio, cada vez más civilizado, prodigaba sus saludos á diestro y siniestro.

Los soldados pensaron llevarle en triunfo; pero el rey de los oradores, calculando de una sola ojeada el peso del monarca les hizo desistir de su empresa. Le prestó homenaje como á rey en nombre del pueblo; le confirió todos los títulos y privilegios de su nuevo cargo, y le invitó acto seguido á marchar á la cabeza del ejército para hacer su entrada en el reino, que distaba unas diez leguas.

Entre tanto Mederico se apretaba los ijares creyendo desternillarse de risa. Su propio discurso le había solazado; pero no le ocurrió lo mismo cuando oyó á Sidonio vitorearse.

—¡Bravo, querida majestad!—le dijo en voz baja;—estoy contento de ti y no desespero de

completar tu educación. Ensayemos el oficio de rey; dejemos á estas buenas gentes hacer lo que quieran, y si nos aburrimos nos largaremos dentro de ocho días. Por mi parte no me disgusta conocerle antes de casarme con la amable Primavera. Ahora echa á andar majestuosamente; no cometas tonterías, conténtate con hacer gestos y déjame la tarea de hablar. Es inútil decirles que somos dos, pues podrían creerse en estado de república. Vamos de prisa á la capital.

Los anales de los azules relatan de este modo el advenimiento al trono del gran rey Sidonio I. Pueden leerse en ellos extensamente los sucesos que acabo de mencionar, mereciéndose citar la circunstancia que en diferentes pasajes hace notar el historiador oficial, y es, que durante estos acontecimientos, acaecidos en Egipto en pleno sol de medio día, la temperatura era de 45°..... á la sombra.

VI.

MEDERICO ENCUENTRA ZARZAMORAS

Te perdono la descripción de la entrada triunfal de nuestros héroes y de los festejos públicos que tuvieron lugar.

Sidonio representó noblemente su regio papel; acogió benévolamente á las cincuenta ó sesenta diputaciones que le prestaron juramento de su-

misión; escuchó sin aparentar fastidio los discursos de los diferentes cuerpos del Estado, y aunque á decir verdad, hubiera enviado á paseo á toda aquella gente para tener el gusto de entregarse á un dulce sueño, Mederico le dijo al oído que un rey pertenece á su pueblo y no puede dormir más que cuando á sus súbditos se les antoja.

Por fin, los altos dignatarios le condujeron á su palacio, especie de granja monumental de unos quince metros de altura, delante de la cual los estudiantes entusiasmados tiraban por el aire sus sombreros. Sidonio, que se había servido de una pirámide para apoyar los pies, dió á conocer con un gesto lo insuficiente del alojamiento, y el enano declaró dulcemente haber visto á las puertas de la ciudad un extenso campo de trigo, digna vivienda de tal príncipe, donde las espigas serviríanle de lecho maravillosamente ligero, y por techo, celestes cortinajes sostenidos por clavos de oro á los muros del paraíso.

Como el pueblo era muy aficionado á los espectáculos, declaró, deseando hacerse popular, que abandonaría el antiguo palacio á los domadores de fieras, titiriteros y bailarines, estableciendo allí también un teatro Guignol modelo, cuyos muñecos, perfectamente contruidos, pareciesen hombres. La multitud acogió tal ofrecimiento con profundo reconocimiento.

Cuando quedó arreglada la cuestión del alojamiento, Sidonio se retiró, ansioso de poder des-

cansar, seguido de una tropa de gente armada. Creyó, como cualquier rey hubiese creído, que eran entusiastas soldados, y no se cuidó de ellos; pero al tumbarse voluptuosamente en su lecho de paja fresca, vió á los soldados apostarse en los cuatro extremos del campo y pasearse de un lado á otro con la mano en la empuñadura de la espada. Chocándole en extremo tal maniobra, levantóse á medias y rogó á Mederico interrogase á uno de los hombres más próximos á la cama real.

—¡He, amigo!—gritó—¿quién os ha obligado á dejar vuestras casas para venir á rondar á estas horas alrededor de la regia estancia? Si tenéis algún alevoso proyecto contra los caminantes, obráis muy mal haciendo testigo de vuestra conducta al monarca; y si esperáis á vuestras amantes, por mucho que el rey se interese en la multiplicación del pueblo, no es decoroso que se mezcle en esas interioridades de familia. Vamos, francamente, ¿qué hacéis aquí?

—Señor, estamos guardando á Vuestra Majestad.

—¡Guardándome! ¿De quién? No creo que ningún enemigo esté á las puertas de nuestras fronteras; y en cuanto á lo demás, no me parecen útiles vuestras espadas para librarme de los mosquitos, únicos seres que me atacan.

—No sé, señor, llamaré á mi capitán.

Cuando llegó el capitán y hubo oído la pregunta del rey, exclamó:

—¡Oh, señor! ¿Cómo Vuestra Majestad me hace tan sencilla pregunta? ¿Acaso ignora detalles tan sencillos? Todos los reyes se hacen guardar y defender de sus pueblos, y para eso hay en este país más de cien bravos que no tienen otro oficio. Somos guardias de Vuestra Real persona, para evitar que los súbditos demasiado glotones para los monarcas puedan intentar cualquier asalto.

Sidonio, al saber que aquellos hombres le protegían contra su pueblo, tuvo un exceso de loca alegría, mientras Mederico le apuntaba unas frases de efecto.

—¡Cómo se entiende! ¡Ya podéis volver grupas y despejar el campo! ¿Me creéis tan estúpido que imite á los reyes cobardes que cierran su alcoba con diez ó doce cerrojos y plantan un centinela en cada puerta? Yo me basto para guardarme, y no necesito testigos de vista que disfruten de mis ronquidos. Si necesitáis guardar á alguien, en vez de guardar al rey del pueblo, podéis guardar al pueblo del rey, lo cual será más útil y más honrado. En las noches del estío, si deseáis serme agradables, enviadme á vuestras mujeres cargadas de grandes abanicos, ó si llueve, organizad un ejército de hombres armados de paraguas; pero espaditas á mí no me sirven de nada. Ahora, señores, buenas noches, y en paz.

Capitán y soldados retiráronse encantados de un príncipe tan fácil de complacer, dejando solos á los dos amigos, los cuales al hallarse solos pu-

dieron charlar á sus anchas de las sorprendentes aventuras ocurridas en aquel día. Quiero decir, Ninon mía, que Mederico estuvo más de media hora filosofando y rogando á su compañero siguiese con cuidado el hilo de su discurso, pero el gigante desde la primera palabra empezó á roncar, y no tuvo más remedio que suspender sus observaciones hasta el día siguiente. Así durmió en un campo desierto, situado en las afueras de la ciudad, la primera noche de su reinado el rey Sidonio I.

Los acontecimientos acaecidos en los siguientes primeros días no merecen ser consignados, á pesar de ser raros y prodigiosos, como todos aquellos en que tomaron parte los héroes de mi historia. El rey gigante, que aceptó por pura complacencia la corona, se abstuvo de intentar la menor reforma y dejó obrar al pueblo según su libérrima voluntad, cómoda manera de reinar para el soberano y provechosa para los súbditos.

Al cabo de ocho días, y después de ganar cinco batallas, Sidonio se creyó en el deber de llevar su ejército á las siguientes; pero bien pronto notó que en vez de ayudarle le estorbaban colgándose entre sus piernas, agarrándose á sus talones, y decidió licenciar las tropas, declarando su deseo de batirse solo en cualquier ocasión. A fin de hacer conocer al pueblo su opinión, publicó unas proclamas concebidas en estos términos: «Nada es más provechoso para llevar á cabo

cualquier asunto, que saber la causa que le movía; por tanto, puesto que sólo el Rey conoce cuando declara la guerra las causas de su capricho, la lógica manda que el Rey se bata solo, etcétera etc.»

Mucho alabaron los soldados sus pensamientos, pues á decir verdad, ignorando las razones de batallas tan constantes, muchas veces habian deseado echar á correr frente al enemigo, y murmuraban sin cesar en las ambulancias de los heridos, del original método de los principes, que teniendo brazos como todos los hombres, hiciesen matar millones de soldados para ventilar sus cuestiones particulares.

Los azules proclamaron un rey con el único objeto de divertirse viéndole ejercitar sus puños y su lengua, y para cumplir su deseo el ejército obtuvo permiso de seguir á su jefe á dos kilómetros de distancia, desde donde gozaba del agradable espectáculo de los combates sin correr riesgo alguno.

Mederico consiguió de su amigo, tras largas arengas, que no se batiera más, y al poco tiempo gracias á la paz del reino, había enriquecido la literatura del país con más de trece gruesos volúmenes. Al despertarse un día se asombró de encontrarse con algunos conocimientos en las lenguas griega y latina, sin que jamás las hubiera estudiado en el colegio, y así pudo responder con diez páginas de Demóstenes, al príncipe de los

oradores, que pensó aplastarlo recitándole cinco páginas de Cicerón. Desde aquel momento, que fué cuando el pueblo no pudo comprenderle, el rey orador obtuvo aún más popularidad que el rey guerrero.

En suma, la nación azul estaba entusiasmada, pues poseía el príncipe soñado, un príncipe ideal que ponía todo su cuidado en los placeres y no se mezclaba jamás en los detalles serios. Sin embargo, como todos los pueblos, aun los satisfechos, murmuran sin cesar, acusaban al excelente hombre de ciertos gustos raros, uno de los cuales era el afán de dormir en despoblado, y otro el de gastar demasiado raso y terciopelo en el adorno de su persona, vestida siempre con lujosa coquetería. No reparaba en que era bien inocente su pecado, mucho más necesitándolo, por desgarrarse muy á menudo la ropa en los espinos del campo y humedecérsela con el rocío, pues claro es que dormía vestido siempre.

Se contaban apenas cinco ó seis mil descontentos en aquel imperio de veinte millones de habitantes, la mayor parte cortesanos cesantes, gentes nerviosas, á las cuales crispaban los discursos largos, y sobre todo los malvados enemigos de la paz pública. Tras una semana de reinado, Sidonio hubiera podido intentar de nuevo sin temor el sufragio universal.

Al noveno día, Mederico sintió un irresistible deseo de correr por los campos, de salir del encie-

ro obligado á que le condenaba su papel de espíritu. Bajóse muy despacio, mientras su amigo dormía sin prevenirle de su escapatoria, por ser su idea permanecer sólo un cuarto de hora lejos de allí.

¡Qué encantadoras son las mañanas de Abril frescas y alegres! En una de ellas pasaba lo que te estoy refiriendo. El cielo se dibujaba pálido sobre las cimas de las montañas; el sol salía pálido y sin fuerza; las hojas nacidas la vispera lucían su verde lozano; las rocas destacábanse formando masas confusas de amarillento y rojo tono. Cualquiera hubiese creído, al ver en todo impre- sa la limpieza, que la Naturaleza era completa- mente nueva.

Mederico, temiendo alejarse, se detuvo sobre la cumbre de una colina; pero después de con- templar satisfecho la vasta llanura, deseó apro- vechar los alegres senderos, sin saber adonde iban á perderse. Tomó un camino, después otro, y al cabo empezó á desorientarse en medio de unos escaramujos, por entre los cuales corrió sin parar dando voces. Admiró los campos en detalle y en conjunto, mirando al cielo por los espacios libres de las ramas, descubriendo nuevos mun- dos á cada recodo del frondoso camino. Embria- gado por aquel aire fresco y puro, acabó por de- tenerse anhelante, admirado de los pálidos rayos del sol y los medios tonos del campo.

Se detuvo al pie de un haya por cuyo tronco

trepaban espinosas y retorcidas ramas, cubiertas de uno de los mejores frutos que un hombre de gusto delicado pueda buscar. Me refiero á esos lindos racimos de moras de zarza, perfumados por la proximidad de las hierbas aromáticas. ¿Te acuerdas, alma mía, qué apetitosas son esas fru- tas negras escondidas entre las verdes hojas, y qué fresco sabor tienen, mitad dulce mitad agrio?

Mederico, como todos los seres de libre albe- drio y vida errante, era muy aficionado á las mo- ras, de lo cual hacía alardes desde que descubrió en sus cotidianos paseos al pie de los árboles á muchos enamorados y á muchos jóvenes soñado- res en busca del sabroso fruto. Sacaba en conse- cuencia de aquellos encuentros, que los necios nosabian apreciar la delicadeza de un manjar ofrecido por los ángeles del paraíso á las almas privilegiadas. Los tontos sólo hallan gusto en sentarse á la mesa para mondar ordinarias ca- muesas, operación sencillísima que no reclama más que la ayuda de un cuchillo, mientras que para comer moras son necesarias doce raras cua- lidades: golpe de vista para distinguir las que los rayos del sol y el rocío han madurado; la ciencia de ojear las zarzas sin pincharse las ma- nos; el talento de saber perder el tiempo dedi- cando una mañana entera á almorzar mientras se recorren dos ó tres leguas en un terreno de cincuenta pies de largo, y otras muchas á cual más necesarias. Ciertas gentes no podrán nunca

amoldarse á esta vida de poetas, que consiste en alimentarse al aire libre, filosofar y dormir al raso, pues sólo los perezosos, hijos predilectos del cielo, saben saborear las dulzuras de tan bello oficio. Ya tienes explicado por qué Mederico se jactaba de su afición á las zarzamoras.

Las ramas bajo las cuales se detuvo estaban cuajadas de racimos abundantes y hermosos. Su asombro no tuvo límites.

—¡Dios santo!—dijo—¡Qué ricas moras! ¡Qué prodigio! ¡Zarzamoras en Abril, y tan magníficas! Esto sí que me choca más que los toneles de agua convertidos en vino. Nada fortifica la fe como la vista de hechos sobrenaturales, casi estoy por creer en los cuentos con que me dormía mi niñera. Así entiendo yo los milagros, cuando llenan mi copa ó mi plato. En fin, almorcemos, ya que le place á Dios cambiar el curso de las estaciones para obsequiarme á mi gusto.

Dicho lo cual, cogió una mora que hubiera bastado á alimentar dos ó tres gorriones, la saboreó lentamente, hizo castañetear su lengua y levantó la cabeza con aire satisfecho como un entendido bebedor después de probar un vino añejo. Una vez hecha la prueba, el almuerzo comenzó. El goloso anduvo de rama en rama buscando con escrupulosidad y hablando en alta voz, costumbre que adquirió desde que monologaba tanto con el silencioso Sidonio. Como si su amigo le oyera, hablaba dirigiéndose á él.

—Compañero—decía—no conozco ocupación más filosófica que la de comer moras recorriendo las sendas, porque es un aprendizaje de la vida. Mira qué habilidad hay que desplegar para coger las ramas altas, cargadas siempre del mejor fruto. Procuró inclinarlas poco á poco; un tonto las arrancaría, pero yo soy muy precavido y las dejo para la próxima estación. ¿Quieres juzgar á un hombre y conocerle como el mismo Dios que le ha creado? Ponle en ayunas delante de una zarza cargada de fruto en una fresca mañanita. ¡Pobre hombre! Para cometer los siete pecados capitales basta con una mora colocada en una rama elevada.

Mederico, gozando de las suaves brisas matutinas y del agrídulce de las moras, olvidó completamente á Sidonio I, á la nación azul y á toda la real farsa. El pobre rey estaba materialmente en su país, pero su espíritu erraba por los campos, perdido entre las zarzas, libre y feliz, del mismo modo que durante la noche nuestra alma rueda á impulsos del sueño hasta llegar á un rincón ignorado, sin cuidarse de la prisión donde gime encerrada. ¿No te parece ingeniosa esta comparación? Aunque decidí no ocultar ningún sentido filosófico bajo el ligero velo de esta ficción, ¿no te he declarado ya francamente lo que debes pensar de mi gigante y de mi enano?

Sin embargo, al llevar á la boca Mederico una de las moras, fué transportado á la realidad del

más imprevisto modo. Un dogo se precipitó de repente en el sendero, ladrando fuertemente, mostrando sus dientes y sus enrojecidos ojos. ¿No has notado Ninon, qué carácter tan hospitalario tienen en el campo los perros? Esos fieles animales que han recibido de los hombres los beneficios de la educación, poseen en el más alto grado el sentimiento de la propiedad. Para ellos es un la trón el hombre que pisa un terreno ajeno; ¿de qué modo no juzgaría aquél á Mederico al verle comer tan imprudentemente las moras. Se lanzó á él con el pelo erizado.

Mederico no le esperó; profesaba un odio á esos animales de brutal apariencia, que son entre los animales lo que los gendarmes entre los hombres, y al verle dirigirse á sus piernas echó á correr cuanto pudo, aterrado por las consecuencias del desgraciado encuentro, pues aunque no razonase mucho en tan crítica situación, era tal la costumbre que tenía de hacerlo, que no pudo menos de meditar así: «Este perro tiene cuatro patas, y yo nada más que dos, débiles y poco ejercitadas; debe, por tanto, correr más que yo; voy á ser devorado al cabo de algún tiempo de fuga inútil.» La conclusión de sus pensamientos le hizo estremecer; volvió la cabeza y vió al dogo á unos diez pasos; corrió con más ímpetu, y el dogo le imitó; saltó un foso, y el perro hizo lo mismo, hasta que al fin, sofocado, con los brazos abiertos, sin idea fija, sintió agudos puñales in-

troducirse en su carne, y aun con los ojos cerrados vió lucir en las sombras los brillantes ojos del furioso animal. Los ladridos le rodeaban, le oprimian la garganta, como las olas oprimen al infeliz náufrago.

Poco faltaba ya para la muerte de Mederico. Permíteme, Ninon mia, lamentar el poco socorro prestado en un caso de apuro por nuestra imaginación á nuestro cuerpo, y preguntarme dónde estaría el espíritu de Mederico mientras su cuerpo no disponía más que de dos piernas miserables. La necia idea de correr para librarse de un peligro es muy general; pero si el enano hubiera reflexionado, con sólo subirse á un árbol, como hizo al cabo de un cuarto de hora de loca carrera, hubiese evitado tanto sobresalto y angustia tanta. Después de hallarse bien colocado sobre una rama elevada, parecióle mentira no haber ejecutado antes una cosa tan sencilla.

El dogo, en su ímpetu furioso, chocó violentamente contra el tronco del árbol, alrededor del cual ladraba sin descanso. Mederico se colocó lo mejor que pudo y comenzó un discurso.

—¡Ay de mí! Bien castigado estoy, querido Sidonio, por haber querido tomar el aire sin la compañía de tus robustos brazos, y eso me hace pensar de nuevo en lo necesarios que nos somos el uno al otro y en que nuestra amistad es obra de la Providencia. ¿Qué harás tú lejos de mí, con esos brazos inútiles para sacarte de muchos

apuros? ¡Y yo aquí subido en un tronco sin poder dar un golpetazo á ese rabioso animal? ¡Aviados estamos!

El dogo, cansado de ladrar se sentó gravemente sobre sus patas traseras, mirando á Mederico, sin hacer el más leve movimiento: el enano, viendo tan fija la atención del perro, creyó comprender que le invitaba á dirigirle la palabra, y resolvió aprovecharse del atento auditorio para hacerse escuchar alguna vez en su vida.

—Amigo mio—le dijo mimosamente—no quiero detenerte más tiempo ni distraerte de tus negocios. Ya encontraré yo solo el camino. Debo confesarte que á algunas leguas de aquí hay un pueblo inquieto por mi tardanza. Soy rey, y no ignoras que los reyes son alhajas preciosas que los pueblos no quieren perder. Retírate y no obligues á los historiadores á referir de qué modo la terquedad de un perro basta para trastornar un imperio. ¿Quieres algún destino en mi corte? ¿Ser guarda de los manjares de palacio? Dime qué cargo desees para que te dignes alejarte.

El dogo no se movía, y Mederico, creyendo haberse ganado su voluntad con el ofrecimiento de un título oficial, preparóse á bajar á tierra; pero no bien hizo un movimiento, el perro comenzó á ladrar con rabia, abalanzándose al árbol.

—¡Que el diablo te lleve!—murmuró el pobre joven.

Agotada su inteligencia, buscó por si había

algo en sus bolsillos que gustase al perro; procedimiento que muchas veces da resultado con los hombres; pero de nada sirve una bolsa de dinero á los animales. Mederico no era hombre que llevase los bolsillos repletos de oro; pero halló una cosa mejor, un terrón de azúcar. Cogió el hallazgo con sus dedos y lo presentó al perro, que abrió sus mandíbulas. Entonces el sitiado bajó lentamente, y cuando estuvo próximo al suelo, dejó caer su presa, que el perro cogió al vuelo sin violencia, precipitándose después sobre Mederico.

—¡Ah tuante!—exclamó éste subiendo de un salto á su sitio;—te comes mi azúcar é intentas morderme; ya veo que eres un perro ilustrado, digno discípulo de tus maestros egoístas.

VII.

DONDE SIDONIO SE MUESTRA HABLADOR

Iba á continuar lamentando la civilización de su enemigo, cuando de repente oyó tras si un ruido sordo, parecido al rugido de una catarata. Ni un soplo de viento agitaba las hojas; el río vecino corría con discreto murmullo, ajeno á todo estrépito. Asombrado el enano, apartó las ramas hacia el sitio donde el rumor se oía, y vió, surgiendo de un repliegue del terreno, una roca de una estructura singular. Aquella piedra (pues